

## REALISMO MÁGICO

Cuando estoy en clase siento que el tiempo se hace grande y pesado, como el aire de la playa. A lo largo de mi vida he ido a la playa muy pocas veces. Aun así, me gusta pensar que al igual que el agua, el tiempo también tiene un ciclo: sale del océano y se evapora esparciéndose entre todos nosotros, y luego se hace una nube, y se condensa hasta convertirse en una gota que cae...

Me limpio las gafas porque me acaba de caer una gota en el cristal. Es porque estoy sentado al lado de Celedonio, que además de tener el nombre más feo que he escuchado en mi vida, es un amigo de clase que escupe muchísimo cada vez que dice la letra p y claro, acabo teniendo que limpiarme los cristales cada dos por tres. Lo digo para que no os vayáis a creer que lo de la gota en las gafas mientras pensaba en el ciclo del agua es porque mi vida sea una novela de realismo mágico...A mí ese género literario nunca me ha gustado mucho. No compro eso de que los muertos se aparezcan o los neonatos te hablen y todo el mundo se quede tan pancho. Por lo visto Isabel Allende y García Márquez siguen vendiendo millones de ejemplares porque escriben novelas así y encima les invitan a fiestas y les dan premios. Por ideas menos locas me han suspendido trabajos de literatura y he tenido que estar todo el verano pringando. Y lo más parecido a un premio que he ganado fue cuando nos tocó la cesta de Navidad de la panadería del barrio hace unos meses. ¡Qué contento me puse! Se me pasó pronto porque mi madre empezó a regañarme a voces dos minutos después de haberme enterado de la buena nueva. Si queréis os cuento como fue, ya que tengo un ratito libre entre clase y clase y puedo escribir un poco.

Panadería Las Lolos lleva abierta en la esquina de debajo de mi casa desde que el mundo es mundo. Se dice que las primeras civilizaciones de la Edad de Piedra ya compraban sus hogazas allí. Juraría que cuando Las Lolos abrieron sus puertas por primera vez aún se ponía "a.C" después de las fechas. Quizá os estéis preguntando el por qué de este nombre tan exótico: Lolos es la mezcla de Lila y Fabiola, que son las dos hermanas que llevan el negocio, dos tiernas señoras que durante mi infancia solían preguntarme con cariño qué tal iba el cole y que repetían periódicamente: ¡Ay que ver lo grande que está este niño!

Como os podréis imaginar, estas dos hermanitas ancianas no tienen muchos conocimientos de Google Analytics, SEO ni *branding*. Por eso, para darle un poco de vidilla al negocio, cada año sortean una cesta de Navidad magnífica: Lila amasa roscos de vino, prepara polvorones y envasa bombones de todo tipo. Fabiola se pasa semanas rellenando moldes de chocolate con leche para hacer una versión marrón del portal de Belén. El belén está más conseguido que la mayoría de las obras del Museo de Cera: la única diferencia con el original es que sustituyen la estrella de Belén por un rectángulo de galleta en el que pone "Panadería Las Lolos", como si las mismísimas Lila y Fabiola hubiesen sido las encargadas de guiar a los Reyes Magos de Oriente a través del desierto palestino para alumbrar al niño de Dios. Y luego mi madre tiene la cara de llamarme pretencioso cuando le enseño

algunos reportajes que escribo. Para que os hagáis una idea, el belén de la cesta navideña de las Lolos es un auténtico emblema en nuestro barrio, al igual que las fuentes, el parque, la Rey Juan Carlos o el señor que está siempre bebiendo cerveza y hablando solo en la plaza de mi bloque.

El día de la tragedia acompañé a mi madre a por nuestra barra de pan diaria. Las Lolos nos recibieron con una magnífica sonrisa y con mucha más amabilidad que de costumbre. Yo pensaba que era simplemente fruto del espíritu navideño, pero resulta que era porque habíamos ganado la famosísima cesta. Mi madre gritó eufórica una frase sufrida de las suyas:

-¡Por fin nos toca algo que no es un disgusto!

Por lo visto las Lolos querían hacerse una foto con los ganadores de la cesta, es decir, mi madre y yo; y había venido una periodista del Fuenlabrada Hoy y todo para cubrir el acontecimiento. Como os podréis imaginar, el *agenda setting* de mi barrio tiene poco que ver con el New York Times.

El caso es que mientras mi madre hablaba con la periodista y le daba las gracias entre treinta y cuarenta y cinco veces por minuto a las Lolos por el detalle, yo comencé a marearme un poco. Lo de desmayarme es algo que me viene de serie, como las gafas o este increíble desparpajo. Pierdo el conocimiento un par de veces al año de manera casi aleatoria, aunque es cierto que me da por ahí cuando me pongo nervioso y claro, lo de ganar un premio de esa magnitud no es algo que suceda todos los días. Me imaginé desmayado en el suelo de la panadería, con todas mis vecinas y el despliegue de medios que allí había en ese momento, y me dio mucha vergüenza. Me gusta desmayarme en la comodidad de mi hogar, es un capricho que tengo. Para evitar el show intenté subir un poco mis niveles de azúcar en sangre con lo primero que tuve a mano, que era nada más y nada menos que la joya de la corona fuenlabreña: el belén de la cesta. Estaba disfrutando del chocolate con leche deshaciéndose en mi paladar y empezando a notar cómo me volvía el color a la cara cuando me interrumpieron los gritos de mi madre: las que parecían a punto de desmayarse ahora eran las Lolos y las vecinas me miraban ojipláticas.

Resulta que la panadería iba a ser portada del Fuenlabrada Hoy del día de Navidad, y querían que los ganadores de la cesta posaran con el popular belén.

Según me gritaba todo el mundo, ya no se podía hacer la dichosa fotografía para el periódico porque la cesta tenía el plástico rasgado y todos los lazos de colores estaban desparramados en el suelo, contrastando con las baldosas negras como fuegos artificiales: el belén lo había montado yo solito, sin necesidad de chocolate ni moldes ni nada. Había frustrado la ilusión de las panaderas, que querían hacerse la foto con la cesta y los ganadores y posar como la Preysler con sus Ferrero Rocher, es decir, como si el mismísimo arcángel Gabriel hubiese bajado del cielo sólo para dejar esa cesta en el escaparate de Las Lolos.

El espíritu navideño parecía haber huído de Fuenlabrada para siempre: mi madre gritaba, Lila hacía pucheros y susurraba en bucle el padrenuestro y Fabiola no paraba de decir que a ver qué clase de foto iba a publicarse ahora, con la Virgen María sin cabeza y San José manco, que para una vez que podían publicarse un poco iba el niño raro este y lo tiraba todo por tierra. Y Lila venga a rezar por lo bajini

y a secarse el sudor de las manos en el delantal mientras la chica del Fuenlabrada Hoy cámara en mano intentaba buscar un encuadre de la cesta en el que no se viera a la Virgen María decapitada, pero no había manera.

Intenté quitarle un poco de hierro al asunto diciéndoles que en verano a la hora de la siesta me había estado viendo *The Walking Dead* en HBO y que lo de ir sin cabeza se estilaba mucho últimamente, así que podían decir que se trataba de un portal de Belén hecho para los fans de la serie e igual les vendría bien para atraer un poco más de clientela joven. Lo del merchandising de *The Walking Dead* no les pareció muy buena idea a ninguna de las Lolos, porque Fabiola se puso a barrer los lazos de colores del suelo sin mediar palabra y Lila se metió en el almacén dando un portazo.

Mi vecina Nieves, que acababa de comprar una chapata integral sin azúcar ni gluten y medio kilo de croissants de chocolate, aprovechó para preguntarme que dónde veía yo la serie esa en la que los santos iban por la calle sin cabeza, que ella no tenía sintonizado el canal BHO que yo acababa de mencionar y que a ver si le habían sintonizado mal la TDT. Yo me puse a explicarle cómo funcionaba Netflix y las plataformas de streaming, pero después de escucharme hablar durante un par de minutos me dijo que llevaba sin dar inglés desde que hizo EGB y que además tenía el cocido en el fuego y se marchó.

Al final la periodista del Fuenlabrada Hoy se acabó yendo también sin foto de cesta ni entrevista a Las Lolos ni nada, porque según dijo aquello no había por dónde cogerlo. Ni siquiera me dio tiempo a subir a casa para bajarle una copia de mi currículum. Y luego dicen que lo más importante para encontrar trabajo es hacer contactos.

Desde ese día, cada vez que bajo a comprar el pan me da la sensación de que Fabiola me da la barra más quemada, la menos apetecible. Supongo que donde pan comes, migas quedan.

Lo más gracioso es que después de toda la regañina que me había echado en la panadería, cuando llegamos a casa mi madre soltó *The Walking Cesta* en la encimera y me dijo:

-¡Qué puntos más raros te dan, hijo mío! Mira que ponerte a zampar así de rápido a la que me giro dos segundos... Pero en verdad ni tan mal, porque con lo de la subida de la luz llevo dos meses sin ir a echarme el tinte y con estos tres dedos de canas que me asoman de las raíces no es plan de salir en la portada de ningún sitio, ni de salir a la calle siquiera...

Yo hasta ese momento no me había dado cuenta de las canas ni de ningún otro cambio, porque me paso todo el día en la universidad o en la tienda. Estoy tanto tiempo fuera de casa que hasta se me ha pegado el nombre de mi lugar de trabajo. Y con esto me refiero a que me llamo Juan Carlos, como la Universidad. Imagínate qué percal si llego a llamarme Primark Gran Vía, que es donde suelo pasar cuatro tardes de la semana doblando camisetas de algodón y respondiendo preguntas de señoras que van a comprarse bragas brasileñas, o sujetadores bralette o fajas pre-mamá o post-mamá. Sigo sin ligar nada, pero al menos estoy aprendiendo un montón sobre el mundo interior femenino. Igual cuando sea un periodista de éxito

me marco un reportaje sobre eso: ya casi puedo verme recogiendo el Pulitzer por "Sociología de la bralette: un ensayo sobre la feminidad en la clase obrera". Ojalá me tirasen sujetadores cuando subiera al escenario a por el premio, porque sabría analizar cada uno de ellos en tipología y talla y eso sólo confirmaría lo mucho que merezco el galardón. Aunque esto es sólo una de mis muchas fantasías de periodista.

El caso es que me llamo Juan Carlos, igual que mi Universidad. Bueno, omitiendo lo de "Rey", porque hace dos meses tuve la última revisión médica y justo antes de desmayarme vi la jeringuilla de la enfermera y os puedo asegurar que no había ni una gota de sangre azul. Esta vez no había nada con azúcar cerca, así que me caí de la silla de la consulta y volví a clase comiéndome una rosquilla y con un chichón en la nuca.

El primer día nos dijeron el por qué del nombre de la facultad, creo que era por algo de un rey que ya no reinaba, un rey del mérito o algo así, aunque no estoy seguro de que esa sea la palabra exacta porque andaba un poco nervioso y además, lo de la política no me interesa mucho. A lo mejor es porque mi abuela Herminia me decía muchas veces que los políticos sólo dan dolores de cabeza. Y la verdad es que yo me he tomado pocas aspirinas en mi vida; pero también es verdad que esta es la segunda matrícula de Comunicación Política que me toca pagar. Quizá es que me tomo las cosas que me contaba mi abuela demasiado al pie de la letra.

Como os habréis podido imaginar, estoy estudiando periodismo. Elegí esta carrera porque mi abuela Herminia se pasó toda mi infancia diciéndome lo bien que escribía y hablaba. De hecho me repetía mucho que con tres meses de edad ya mantenía conversaciones. Yo a mi abuela la quería mucho, pero eso de hablar tan pronto no me lo creo... Ya he comentado antes que lo del realismo mágico no me acaba de molar. Mi madre solía responderle:

-Sí, sí, lo de hablar lo domina a la perfección, y más que a la perfección; porque a mi un día de verdad que se me va a ir la cabeza; no puedo ver la novela, ni estar tranquila un sólo segundo al día, todo el rato con los discursitos o con el "Mamá, mamá" en la boca... Es que de verdad, algún día vamos a ir a la piscina y aprenderá a hablar debajo del agua...

-Paciencia, mujer, paciencia...-le respondía mi abuela, que por aquel entonces empezaba a estar enferma y se vino a vivir con nosotros.- Ya verás que el chico este nos saca de pobres, sabe mucho. Tú piensa que el ochenta y cinco por ciento de la población no tiene ese don de palabra, el otro cuarenta y seis por ciento se dedica a carreras más de números y ciencias y esas cosas; y luego habrá un diez o quince por ciento de criaturitas que no podrán ir a la escuela y se les quedará el talento en nada...

Mi abuela Herminia no sabía leer y nunca había ido a la escuela, pero en los últimos años de su vida se puso muy analítica y utilizaba los porcentajes para hablar de cualquier cosa, aunque la mayoría de las veces los usaba un poco al tuntún y los números le bailaban más que mi vecina Nieves cuando los de la verbena del barrio cantan la de "Me sabe a humo". Aunque no fuese una fuente de rigor en lo

numérico, mi abuela Herminia me caía muy bien y siempre me decía que yo iba a acabar dando las campanadas en la uno junto con Anne Igartiburu.

Recuerdo un carnaval en el que me disfracé de Batman y mi abuela no debía estar muy inmersa en el universo DC porque le saltaron las lágrimas y empezó a darme besos mientras me decía delante de todos mis amigos que así todo de negro y con la capa era clavadito a Ramón García. Hasta sometió a mi madre para que sacara la cámara y me hiciese una foto; y cuando la reveló la metió en la cartera y se la enseñó a sus amigas del parque, a la Nieves e incluso a las Lolos.

Es gracias a mi abuela Herminia por lo que ahora paso seis o siete horas al día en la facultad, con Celedonio a mi lado escupiendo cada vez que dice la letra p, lo que os aseguro que lo más cercano al infierno terrenal cuando la carrera que estudias es periodismo. Menos por tres o cuatro cosillas así, el campus está bastante bien y además puedo levantarme diez minutos antes de que empiece la clase porque está bastante cerca de mi casa. De hecho, desde la ventana de mi habitación puedo ver un poste con letrero que hay a la entrada, que es como los que hay en la puerta del McDonalds, pero pone en grande "Universidad Rey Juan Carlos".

Hay un montón de césped entre los edificios de aulas y cuando llega el buen tiempo me gusta sentarme ahí a charlar un rato con los de mi clase. A veces me cojo un granizado y me lo tomo con las gafas de sol puestas, muy rápido, hasta que me duelen las sienes por el frío; y os juro que parece que estoy en San Francisco en lugar de Fuenlabrada y sigo con mi ensoñación hasta que las palomas grises se transforman en fantásticas gaviotas... Bueno, la verdad es que siguen siendo palomas. Tampoco quiero fliparme.

Quizá no acabo dando las campanadas ni recogiendo el Pulitzer, pero hay un montón de cosas increíblemente bonitas en las cosas más comunes del día a día.

Ya es primavera y lo que queda de curso cabe en el estuche donde guardo los bolis. Es curioso el ciclo del tiempo del que os hablaba antes: siento que se ha evaporado demasiado rápido y ahora estos cuatro años se guardarán en una agradable nube blanca y esponjosa.

Me gradúo en un par de semanas (siempre y cuando consiga aprobar la dichosa Comunicación Política) y me resulta muy difícil sintetizar todo lo que he aprendido.

Me queda mucho que aprender sobre la felicidad, pero sé que se esconde en sitios absurdos. La he visto serpenteando entre los montones de camisetas de algodón que doblo en la tienda y colándose a borbotones por una grieta de la pared del aulario. Ahora mismo siento el pecho tan lleno que podría cogerla con las manos y comérmela como si fuese la Virgen María de chocolate de las Lolos. También podría envolverla y regalársela a mi madre, o inflar un montón de globos de colores con ella y adornar el salón de actos para la graduación.

Sé que la alegría puede llegar a deshacerse en la boca como esos granizados en el césped del campus; y que debe haber algún que otro banco en el cielo para que mi abuela salga a tomar el fresquito y leer orgullosa todos los artículos firmados con mi nombre. Espero que siga llevando en la cartera mi foto vestido de Batman. He aprendido también que la inspiración es un poco como las pés que pronuncia mi amigo Celedonio: te salpica cuando menos lo esperas.

Y de pronto vuelvo a Fuenlabrada, porque precisamente una salpicadura me despierta de mis ensoñaciones románticas, y esta vez no es la inspiración, sino Celedonio a mi vera hablando del periodismo, el poder, las peleas, las puñaladas o las pintadas. Me cae bien, pero es que lo de este chico a veces se pasa de castaño oscuro... Espero que al menos se lave los dientes tres veces al día: por su salud y por la de los que estamos a su alrededor.

Cuando se me ocurren reflexiones como la de antes, me siento un poco cursi, pero idealizar la vida universitaria es algo que todos hacemos en mayor o menor medida. Pero no os dejéis engañar: el mundo está lleno de individuos que responden perfectamente a la definición de buena gente, mala persona. Y en el campus también hay auténticas ratas de dos patas que se sientan en los pupitres, porque me dirás tú a mí que le costaba a Paulino Fernández, un chaval bastante plasta que tiene la matrícula de honor en Comunicación Política, pasarme los apuntes del último tema. Pues nada, el tío en sus trece, que no. Y va el profesor y pone justo ese tema de pregunta de desarrollo. Salí del examen bastante frustrado, casi llorando, pero ahí en la puerta estaban Javi, Laura y Celedonio, que me puso una mano en el hombro y me dijo con mucha solemnidad:

-Dios envía las batallas más terribles a sus mejores guerreros.

Por muy raro que se ponga a veces, el Celedonio es uno de mis mejores amigos.

También os digo que agradecí mucho que su frase de consuelo no incluyera la decimoséptima letra del abecedario español, por los motivos mencionados anteriormente. Además, yo quiero ser periodista, no guerrero ni soldado; así que ya le vale a Dios con enviarme las dichosas batallitas todo el rato.

Así fue como suspendí la primera convocatoria de Comunicación Política. En la segunda, el examen me salió algo mejor; pero aún así el profesor me puso un cuatro y medio en la nota final. Me dijo que no me aprobaba porque mis puntos de participación eran muy mejorables. Creo que sé por qué lo dice. Un día estábamos de debate sobre las políticas urbanísticas en nuestro país, y los de mi clase empezaron a discutir sobre no sé qué de la arquitectura neoliberal de la Transición y a debatir si tener una segunda casa era o no burgués.

Aunque la gente de mi clase me caiga muy bien en general, he de decir que a veces se flipan un poco, véase Paulino Fernández, y ya empezaban a utilizar palabras indescifrables para un ejemplar de *homo-sapiens fuenlabratensis* como yo, que justo en ese momento tenía abierto el Minecraft en una pestaña secundaria del ordenador. Justo en esas el profesor detuvo la acalorada discusión con cuatro o cinco frasecillas y cogió el folio de la lista de matriculados en la asignatura. Su dedo se convirtió entonces en un joven buitro planeando sobre el folio y el nombre de Juan Carlos Pérez, en un apetecible trozo de carroña en el desierto. Entre 76 personas, me preguntó mi opinión sobre la gestión del patrimonio político y la relación de la burguesía con las herencias. Aunque quiera dedicarme a esto de la comunicación, soy un hombre que reconoce sus fallos, y la verdad es que la impulsividad y el hablar en público son dos disciplinas en las que tengo mucho que trabajar: respondí que yo no entendía mucho de gestión de patrimonios porque la única herencia que me había dejado mi madre eran tres o cuatro dioptrías en el ojo

izquierdo. El dichoso Paulino se llevó las manos a la cabeza y a las otras sesenta y pico personas les dio por reírse como si estuviéramos en primaria o en El Club de la Comedia. Y digo sesenta y pico porque ni Celedonio, ni Laura ni Javi se inmutaron con mi afirmación. Me gustaría decir que fue en señal de apoyo hacia mi persona, pero para ser honesto los tres estaban también jugando al Minecraft y no se enteraron de nada. El profesor apuntó algo en su dichoso folio, justo a la derecha de mi nombre, y se apresuró a buscar a otro candidato para el debate; no sin antes mirarme con reprobación arqueando las cejas. Para que luego digan que lo más importante en esta profesión es hablar claro y ser fieles a la verdad... Empiezo a estar harto de la hipocresía (y de pagar matrículas de Comunicación Política).

Como podéis ver, la Universidad se parece más a San Francisco para unos que para otros. Muchos compañeros de mi clase organizan fiestas increíbles en sus pisos de estudiantes, salen de fiesta beben cerveza, juegan al beer-pong y escuchan hablar durante horas a la chica que les gusta en un sofá mugriento; mientras que yo sigo viviendo con mi madre, y no puedo ir a casi ninguna fiesta porque tengo que trabajar. Además, la única persona a la que he escuchado charlar durante horas en un sofá mugriento es al señor que siempre está bebiendo cerveza en la plaza de abajo cuando le da por sentarse en los muebles que la gente tira a la basura para seguir hablando solo.

Aún así me gusta mucho mi vida, y también me gusta mucho el campus de la Rey Juan Carlos, con su césped, sus máquinas de café y sus pistas de deporte. Alguna que otra vez me he apuntado a un torneo de tenis o de voley con mis colegas de clase; y hace poco nos invitaron a ir a una jornada de yoga y meditación para estudiantes. La verdad es que me aburrí bastante: cuando trabajas en una tienda de ropa donde las señoras te tiran las camisetas de algodón al suelo cada cinco minutos, tienes que desarrollar sí o sí eso de la meditación y la mente en blanco. Es eso o convertirte en un asesino en serie; y esto último no sería muy factible teniendo en cuenta que me desmayo con facilidad.

También organizan coloquios y a veces vienen eminencias del mundo de la información a darnos charlas y consejos para ser mejores profesionales y no acabar en la cola del INEM. Hace unos días el invitado fue nada más y nada menos que Ramón García, que nos contó su trayectoria como presentador. Hablaba muy bien y nos dio algunos consejos que tengo apuntados en la última hoja de esta libreta.

Ver a Ramontxu en carne y hueso me había hecho acordarme de mi abuela Herminia, aunque cuando vino a dar la charla el tipo no llevaba capa ni nada.

La verdad es que echo mucho de menos a mi abuela. Escucharla reír era como hacerle cosquillas a una estrella muy brillante; y a mi aun me gusta imaginármela así, brillando en alguna parte y regalando calidez y luz a todo el que se acerque. Si el cielo existe, espero que desde su banco para tomar el fresquito siga estando tan orgullosa de mi como cuando hizo a mi madre gastar medio carrete de una cámara analógica para tener varias poses de mi yo de ocho años disfrazado de Batman.

No pude quedarme hasta el final de la charla porque tenía que irme a trabajar, aunque estaba siendo de lo más interesante y anoté trucos para conseguir empleo y

hacer contactos en “el mundillo”. Me hace gracia la gente que usa esta expresión, como si el periodismo fuera un planeta chiquitito...Quizá lo sea.

En cualquier caso, la charla de Ramón García en la uni me marcó mucho, y la motivación para convertirme en un gran profesional de la información me duró todo el día. Soy una persona que siente las emociones a gran escala, qué le vamos a hacer. Andaba esa misma tarde en la tienda, doblando camisetas, cuando una señora me agarró muy fuerte del hombro y me dijo señalando hacia arriba:

-Niño, ¿quieres alcanzarme ese sujetador?

Y yo le respondí con los ojos anegados en lágrimas por la emoción:

-No, señora. Yo lo que quiero es ser periodista.

Ahora que lo veo todo por escrito, me doy cuenta de que quizá mi madre tenga razón en eso de que a veces tengo unos puntos muy raros. La señora se quedó boquiabierta, imagino que por la fuerza de mi vocación. Su marido dijo entre dientes:

-Por muy periodista que seas te vas a llevar una reclamación para que espables.

Aunque se me ocurrieron varias referencias a la madre y los familiares fallecidos del hombre, decidí no responder porque soy un hombre de paz. Además, se giraron rápidamente y se fueron muy airados.

No merecía la pena discutir porque el marido de la señora no sabía que tengo más don de palabra que el ochenta y seis por ciento de la población y que el otro cuarenta y seis por ciento se va a dedicar a cosas científicas y que luego habrá un doce por ciento de criaturitas sin acceso a la educación... Pero sobre todo no respondí porque acababa de disipar a la periodista del Fuenlabrada Hoy que había conocido el día de la tragedia de la cesta navideña. Estaba rebuscando en la mesa de lencería de encaje y me fui corriendo hacia ella para ver si podía ofrecerle mi ayuda y, así con un poco de suerte, quizá me dejaba entregarle el currículum.

Al final la vida sí que va a tener un poco de realismo mágico.